Nº 241 - TOMO 415 25 DE FEBRERO DE 2003



REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

DIARIO DE SESIONES DE LA CAMARA DE SENADORES

TERCER PERIODO ORDINARIO DE LA XLV LEGISLATURA

88ª SESION EXTRAORDINARIA

PRESIDEN EL SEÑOR LUIS HIERRO LOPEZ
(Presidente)

Y EL SEÑOR SENADOR DOCTOR RUBEN CORREA FREITAS
(Segundo Vicepresidente)

ACTUAN EN SECRETARIA LOS TITULARES SEÑOR MARIO FARACHIO Y ARQUITECTO HUGO RODRIGUEZ FILIPPINI Y LA PROSECRETARIA SEÑORA QUENA CARAMBULA

SUMARIO

Páginas

1) **Texto de la citación**.. 412

2) **Asistencia**.. 412

3) **Levantamiento del receso**................................ 412

- El Senado resuelve levantar el receso y celebrar sesión para tratar el asunto motivo de la convocatoria.

4) **Solicitud de licencia**.. 412

- La formula el señor Senador Nin Novoa.

- Concedida.

5) **Integración del Cuerpo**................................... 412

- Nota de desistimiento. La presenta el señor Senador Lescano, comunicando que, por esta vez, no acepta la convocatoria de que ha sido objeto.

6) **Doctor Washington Beltrán. Homenaje a su memoria**... 412

- Manifestaciones del señor Senador Pereyra e intervención de varios señores Senadores.

- Por moción de varios señores Senadores, el Senado resuelve ponerse de pie y guardar un minuto de silencio en homenaje a la memoria del ciudadano desaparecido, y enviar la versión taquigráfica y grabada de lo expresado en Sala, a sus familiares, a las autoridades del diario "El País" y al Directorio del Partido Nacional.

7) **Se levanta la sesión**... 430

1) TEXTO DE LA CITACION

"Montevideo, 20 de febrero de 2003.

La CAMARA DE SENADORES se reunirá en sesión extraordinaria, el próximo martes 25 de febrero, a la hora 15, a fin de hacer cesar el receso y rendir homenaje al ex Senador Dr. Washington Beltrán con motivo de su fallecimiento.

Hugo Rodríguez Filippini Secretario

Mario Farachio Secretario."

2) ASISTENCIA

ASISTEN: los señores Senadores **Arismendi, Barrios Tassano, Brause, Couriel, de Boismenu, Fernández Huidobro, Gallinal, García Costa, Heber, Herrera, Korzeniak, Larrañaga, Michelini, Millor, Mujica, Pereyra, Pou, Riesgo, Ríos, Rubio, Sanabria, Segovia, Singer, Virgili** y **Xavier.**

FALTAN: con licencia, los señores Senadores **Astori** y **Nin Novoa**; con aviso el señor Senador **Garat** y sin aviso los señores Senadores **Cid, Gargano** y **Núñez.**

3) LEVANTAMIENTO DEL RECESO

SEÑOR PRESIDENTE.- Está abierto el acto.

(Es la hora 15 y 13 minutos)

- Se va a votar si el Senado desea levantar el receso y celebrar sesión.

(Se vota:)

- 18 en 18. **Afirmativa.** UNANIMIDAD.

Habiendo número, está abierta la sesión.

4) SOLICITUD DE LICENCIA

SEÑOR PRESIDENTE.- Dése cuenta de una solicitud de licencia.

(Se da de la siguiente:)

"El señor Senador Nin Novoa solicita licencia por el día de la fecha".

Léase.

(Se lee:)

"Montevideo, 25 de febrero de 2003.

Don Luis Hierro López
Presidente del Senado
Presente

De mi consideración:

Por la presente solicito licencia por el día 25 de febrero, por razones particulares.

Por ese motivo solicito también se cite a mi suplente.

Sin otro particular, lo saluda muy atentamente

Rodolfo Nin Novoa, Senador."

SEÑOR PRESIDENTE.- Se va a votar si se concede la licencia solicitada.

(Se vota:)

- 18 en 18. **Afirmativa.** UNANIMIDAD.

5) INTEGRACION DEL CUERPO

SEÑOR PRESIDENTE.- Dése cuenta de una nota de desistimiento llegada a la Mesa.

(Se da de la siguiente:)

"El señor Senador Lescano comunica que, por esta vez, no acepta la convocatoria de que ha sido objeto".

- Corresponde convocar al señor Senador Ríos, quien ya ha prestado el juramento de estilo por lo que, si se encuentra en la Antesala, se le invita a pasar al Hemiciclo.

(Ingresa a Sala el señor Senador Ríos)

6) DOCTOR WASHINGTON BELTRAN. HOMENAJE A SU MEMORIA

SEÑOR PRESIDENTE.- El Senado ha sido convocado, en sesión extraordinaria, para rendir homenaje al ex Senador y ex Presidente del Consejo Nacional de Gobierno, doctor Washington Beltrán.

Tiene la palabra el señor Senador Pereyra.

SEÑOR PEREYRA.- Señor Presidente: por indicación de mis compañeros de Bancada, me corresponde iniciar el homenaje que el Senado tributa, en el día de hoy, al doctor Washington Beltrán, sin duda una de las figuras más relevantes y de mayor significación en la vida política del país, en los últimos 50 años. He aceptado este honor, aún bajo la dolorosa impresión que me produjo el conocimiento de su muerte. Significa, reitero, un honor para mí hacer uso de la palabra en esta oportunidad, no sólo por hablar en nombre de mi Partido -si el Partido no me hubiera dado esta oportunidad, tendría la obligación de expresarme a título personal-, sino por la amistad que tuve con Washington Beltrán y por la larguísima militancia que realizamos en forma conjunta, ya que prácticamente éramos de la misma generación y nacimos a los intereses políticos en la década dramática para el Uruguay y para el mundo que transcurrió entre los años 1930 y 1940.

La vida del doctor Washington Beltrán es el ejemplo de una existencia al servicio de la sociedad y de la patria, a través del formidable instrumento que es la acción política y que desarrolló desde la prensa con gran talento y jerarquía. Sus editoriales y escritos eran esperados ansiosamente, tanto por sus amigos como por sus adversarios, porque constituían un fecundo análisis de la realidad, orientador y lleno de pasión por los grandes intereses que alimentaron su vida y su acción: el amor por la libertad, la fe en las instituciones democráticas, el amor por la justicia y la pasión que llevó permanentemente en su alma de blanco, por tradición y por convicción.

El doctor Washington Beltrán encuentra su vocación al servicio del país al despertar en su niñez bajo el impacto de la muerte de su padre por razones de enfrentamiento político. Pagó, entonces, por esa vocación, el más alto precio que un niño puede pagar. Beltrán creció en la militancia política y nos acercamos cuando se restablecieron las normas que habían sido violadas en 1933. Nos habíamos encontrado antes en una lucha por la reivindicación de los ideales democráticos y, por lo menos personalmente, hice mi primera experiencia en aquel mitin por nueva Constitución y leyes democráticas.

Todos recordamos el informe que su padre realizó sobre el texto de la Constitución de 1918, señalando las grandes conquistas que el Partido Nacional había logrado incluir en el texto constitucional, aquellos principios por los cuales el Partido había ido a la revolución y había derramado la sangre de sus generaciones jóvenes: la igualdad política, la liberación integral del ciudadano, el voto secreto, la representación proporcional y las garantías para el sufragio. Todo eso que se incluyó en la Constitución de 1918 que entonces era letra, se transformó en obra por el tesón y la lucha, entre otros, de Washington Beltrán, que con su acción política y parlamentaria dio vida a esos principios que habían nacido en aquella Carta.

Washington Beltrán fue, en aquella época que he señalado -es decir, la década de 1930 a 1940-, líder de un sector importante de la juventud del Partido Nacional. En las horas más difíciles estuvo en las tribunas para reclamar libertades y estuvo en la prensa para afirmar esos ideales. Luego, impulsado por un grupo de amigos, lanza su candidatura a la Cámara de Representantes, es electo y realiza una fecunda acción en ese Cuerpo parlamentario. Sería largo enumerar sus obras, pero voy a recordar que prácticamente debuta en la Cámara de Representantes con una interpelación donde se enjuicia la política del organismo entonces denominado SOYP, empresa pesquera que se había creado en el Uruguay y cuya acción estuvo plagada de errores que fueron denunciados, precisamente, por Washington Beltrán.

También formó parte de su actuación lo relativo a las modificaciones del régimen jubilatorio para establecer la escala móvil, que logró plasmar.

Después fuimos compañeros en el Senado, electos por distinta lista, pero defendiendo las mismas cosas y principios. Pude entonces, además de conocerlo como exaltado y apasionado orador político, verlo como sereno Legislador en esta Sala, trabajando por las causas más sagradas del país. Lo recuerdo en los últimos años en que actuó, en los días previos al eclipse de las instituciones democráticas que se produjo en 1973. Había, entonces, una campaña contra el Parlamento y se decía que mientras el Poder Ejecutivo le enviaba iniciativas importantes, aquél no las trataba, las archivaba, las olvidaba o no se interesaba por ellas. En una sesión de este Cuerpo que recuerdo nítidamente, el doctor Washington Beltrán hizo un minucioso estudio de todas las iniciativas que habían llegado del Poder Ejecutivo y del tratamiento decisivo y fecundo que las más importantes habían tenido para el país, así como el rechazo de algunas que reflejaban el espíritu totalitario, absolutamente inconcebible con su vocación y pensamiento.

Recuerdo que en días muy próximos al golpe de Estado, se dio un episodio muy sonado: el famoso caso Erro. Viene a mi memoria el pormenorizado discurso con que Washington Beltrán demostró las enormes deficiencias jurídicas que contenía aquel expediente que, como sabemos, no era otra cosa que la iniciación de una serie de desafueros parlamentarios que querían realizar quienes ambicionaban tomar el poder y finalmente lo hicieron.

El doctor Beltrán abandona el Senado por imposición de aquellos hechos, después de haber ocupado el más alto sitial que un hombre público en este país puede lograr, es decir, ser Presidente del organismo que entonces constituía el Poder Ejecutivo, el Consejo Nacional de Gobierno, donde realizó una acción fecunda que aparece reflejada en forma indiscutible e indiscutida en un libro que publicó, recogiendo las notas más salientes de aquel período.

Señor Presidente: cuando las sombras de la dictadura se volcaron sobre el país, el doctor Beltrán trataría de marcar claramente cuáles eran sus artículos, comenzando a escribir con una asiduidad especial sus magníficos editoriales sobre la defensa de la democracia, su restauración en el país,

los problemas sociales y económicos que, conjuntamente con los políticos, vivía el Uruguay. Cabe destacar que siguió escribiendo estos editoriales después de restablecida la democracia, a los efectos de ilustrarnos a todos sobre la realidad nacional.

Seguramente, muchos homenajes se van a realizar a la memoria del doctor Beltrán, y esa casa que fue su lugar de trabajo, el diario "El País", dedicará muchos espacios en su homenaje. En este sentido, desearía que este diario o sus amigos pudiéramos reunir en una publicación los magníficos editoriales con que ilustró a la ciudadanía. Sin duda, constituiría una hermosa lección de lo que debe ser la acción periodística cuando se ejerce con inspiración política y sería un documento de singular valor histórico para valorar y reconocer cada una de las situaciones dramáticas y felices que el país ha tenido que vivir.

Es entonces, señor Presidente, que lo recuerdo con la emoción de quien pertenece a su misma generación y compartió sus luchas políticas y, desde otro nivel, la acción parlamentaria. Evoco aquellas expresiones tan suyas a los jóvenes que lo rodeaban -amigos todos-, al llamar a cada uno "chiquilín", puesto que no se refería a ellos por su nombre. Luego, cuando fuimos adultos, nos decía: "Hermano". Éramos hermanos en los ideales, en el amor por el Partido y fuimos siempre hermanos en el amor por la patria. Junto con la patria lloramos hoy su muerte, que significa una irreparable pérdida para la República.

Gracias, señor Presidente.

(Prolongados aplausos en Sala y en la Barra.)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Correa Freitas.

SEÑOR CORREA FREITAS.- Señor Presidente: la muerte del doctor Washington Beltrán ha provocado honda congoja y consternación entre todos los uruguayos, entre los blancos que eran sus correligionarios, pero también en filas de los demás partidos políticos, en especial del Partido Colorado, porque su larga y proficua carrera como político y como periodista, permitió que se lo ubicara por encima de las barreras partidarias, que se lo respetara como un hombre de Estado y que se lo considerara como un fiel exponente del sistema político uruguayo.

Nació en 1914, año en que comenzó la Primera Guerra Mundial. Su padre, Washington Beltrán, siendo aún joven, tuvo una actuación muy destacada en la Convención Nacional Constituyente que reformó la Carta Magna en 1917, habiendo fundado, junto a Leonel Aguirre y Eduardo Rodríguez Larreta, el diario "El País".

Un editorial publicado en 1920, lo llevó a un lance caballeresco, por cuestiones de honor, con el Señor José Batlle y Ordóñez, en el que lamentablemente falleció.

Beltrán es el último Consejero Nacional de Gobierno que fallece. El penúltimo había sido el Dr. Amílcar Vasconcellos, en 1999.

Se ha hablado de dos momentos de su vida que sirven como ejemplo a su colectividad política: su renuncia como Diputado en el año 1954, cuando su compromiso político era lograr la unidad de un Partido Nacional hasta entonces dividido, aporte reconocido en forma unánime como elemento fundamental de un camino que llevaría a su colectividad política a la conquista del Gobierno en 1958 y, una década después, en la antesala del golpe de Estado, lejos de rehuir los compromisos, se levantó como una voz de alerta ante la ruptura institucional que avizoraba.

Como menciona un artículo del diario "El País", "con Washington Beltrán se va el primero en jerarquía y uno de los últimos referentes de una época formidable del periodismo nacional." Su trayectoria, en el doble plano en que fue un gigante -el político y el periodístico-, se resume en las tres palabras con que titulara su primer libro de recopilación de algunos de sus memorables editoriales: "Mandato, tinta y pasión".

Como decía aquel gran orador griego Isócrates: "Lo que distingue al hombre del animal y al griego del bárbaro, es la superioridad de la inteligencia y de la palabra". Ambas eran cualidades generosas del doctor Washington Beltrán, que lo erigían como un monumento vivo de la patria y de su tiempo, resistente a toda inclemencia, portador de un mensaje cuyo eco no se ha apagado todavía, ni lo extinguirá el soplo del olvido. Partícipe permanente en las contiendas de sus conciudadanos, hostil al empuje de las tiranías -nunca resignadas a desaparecer-, habilísimo en la conjunción del acontecimiento histórico con la elocuencia, magistral expositor de inquietudes y afanes tan perdurables como la existencia misma del hombre, ardiente vocero de muchedumbres hipnotizadas por la sabiduría que tiene como asiento y como objeto la inconmovible verdad.

Al contrario de las desviaciones e infidencias en que abunda una turba de falsos periodistas encaramados en una inconfesable pasión -tal vez cargados de oropeles retóricos-, pero sin los calibres morales que dignifican la profesión, este insigne maestro de la palabra, lejos de hacer circo, buscaba el éxito de sus mensajes en calidades éticas, enlazadas conciliando la belleza con la verdad, la elegancia en el decir y la probidad con que se dice. Quiso ser el "vir bonus" de la definición catoniana, es decir, esclavo de la verdad, abnegado servidor del bien y tan obediente a las exigencias de la justicia como amigo del buen gusto de la oración.

Washington Beltrán reunía las cualidades más destacadas de los grandes filósofos de la antigüedad: ingenio penetrante y vivo; extensa cultura; criterio de óptimo pen-

sador; inflexible lógica; fantasía de poeta; virtud y patriotismo y, muy especialmente, hombría de bien, virtud republicana por excelencia, que no da sin duda habilidad literaria, pero cuya ausencia priva de autoridad al más hábil de los pensadores.

Si uno se pone a revisar la historia uruguaya de los últimos años, se encuentra con que una vez restablecida la democracia, el Uruguay contaba con personalidades en los diversos partidos políticos: Juan Vicente Chiarino, en la Unión Cívica; José Pedro Cardoso, en el Partido Socialista; Renán Rodríguez, en el Partido Colorado y Washington Beltrán, en el Partido Nacional. Los unía el hecho de haber sido testigos y activos protagonistas de más de medio siglo de vida política en el país. Vivieron y sufrieron, cada uno a su modo, tres golpes de Estado: el de Terra de 1933, el de Baldomir de 1942 y el de los militares de 1973. Todos ellos, desde sus trincheras y con sus ideas, contribuyeron a la salida democrática en 1985.

Con motivo del homenaje que tributó la Cámara de Representantes, el 13 de abril de 1994, al cumplir 80 años de edad el Dr. Washington Beltrán, manifestó el entonces Representante Nacional Luis Hierro estos conceptos que complementan lo expresado anteriormente: "Quizás Washington Beltrán representa la mejor parte de las virtudes de una generación que, lamentablemente, se nos está yendo a los uruguayos.

A veces, siento que quienes continuamos con esas herencias no somos tan buenos, tan virtuosos, tan inteligentes, tan tolerantes, tan ilustrados ni tan humanistas como los hombres de la generación de Washington Beltrán. Estos hombres nos enseñaron a discrepar con inteligencia y con elegancia; nos enseñaron las virtudes de la democracia, que es, precisamente, el reconocimiento de la razón del otro; nos enseñaron a respetarnos mutuamente y a anteponer las virtudes cívicas y la grandeza del país por encima de las cuestiones partidarias y, mucho más aún, de las cuestiones personales."

Señor Presidente: creo que el doctor Washington Beltrán ejerció una particular influencia en nuestra sociedad, a partir de la restauración democrática en 1985, con sus editoriales dominicales en el diario "El País". Desde allí ejerció docencia política, marcó rumbos en la actividad de su partido, estudió con pinzas y escalpelo la actividad gubernamental, dio lecciones de ética y de moral en la actividad pública, analizó con particular erudición los problemas jurídico-constitucionales. Fue un militante por la libertad y por la democracia. Defendió desde todas las tribunas la libertad de prensa, que es la madre de todas las libertades.

En el acto de velatorio de sus restos en el Palacio Legislativo, sus hijos me dijeron que el doctor Washington Beltrán falleció en paz. Era la forma como tenía que partir de este mundo un hombre que tuvo un espíritu grande y generoso, en el que nunca estuvo presente el rencor ni la venganza, que siempre cultivó la amistad y el respeto por sus adversarios, que luchó toda su vida por la unidad y la conciliación en su Partido Nacional.

Señor Presidente: el Partido Colorado despide con dolor y con tristeza a este hombre público, que sirvió durante tantos años a la República con honor, dignidad y gallardía.

Nada más. Muchas gracias.

(Aplausos en Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Larrañaga.

SEÑOR LARRAÑAGA.- Señor Presidente: Washington Beltrán fue más que una divisa; fue una bandera. Su padre, cuyo nombre era también Washington, decía en uno de sus artículos que sólo merece el poder el que lo justifica diariamente y Washington Beltrán cumplía con esta sentencia, tanto en el ejercicio del poder público como en el del poder periodístico, en el marco de lo que fue una actuación singular y extraordinaria.

Todos recordamos en Washington al político que desde muy temprana edad ocupó la representación más trascendente en la vida nacional y en la de su partido político. Recuerdo que en 1971, con 15 años de edad, estaba en una misma lista de oradores en un acto político en mi departamento, más precisamente en la ciudad de Guichón, donde el Club Coronel Diego Lamas, la agrupación política más vieja del país, fundada en 1889 por Apolinario G. Vélez y cuyo primer socio honorario fuera nada más ni nada menos que Aparicio Saravia, llevaba dos listas al Senado, una presidida por Wilson Ferreira Aldunate y otra -la 400- encabezada por Washington Beltrán. Washington y Enrique me representan, en lo personal -y seguramente lo harán permanentemente en el recuerdo que tengo de los acontecimientos y de los hombres-, a mi propio padre, porque pertenecían a una generación de hombres superiores que quedará guardada en la mejor historia nacional.

Luego de que fuera licenciado en la actividad política y proscripto en 1973, reintegrado a la dirección de “El País”, Washington Beltrán se vuelca de manera permanente a la página política, con editoriales memorables, entre los que merecen recordarse los titulados “Ante los acontecimientos y definiciones” y “Silencios”, aparecidos el sábado 10 y el lunes 12 de febrero de 1973, y el publicado el 8 de diciembre de 1974 con el título “Un dictamen del Fiscal de Corte”, el último que pudo escribir durante el primer período del gobierno de facto y que le permitió agregar a su lista de honores la prohibición de seguir haciéndolo por más de cinco años. También quiero recordar aquel memorable artículo del 23 de julio de 1983, titulado “¿Por qué yo?”, en donde Washington Beltrán decía: “Más de una vez nos preguntamos, sin hallar a la interrogante respuesta cierta, qué nos impulsó a la política: el insoslayable mandato de la

vocación o por perfiles borrosos en la neblina de los tiempos de una sombra querida". No lo sabemos, pero dos recuerdos han guiado nuestra vida: los de aquella rota bandera y los de un anochecer en el que los hijos de Washington Beltrán, junto a su madre, rezaban por José Batlle y Ordóñez, que había muerto ese día.

Muchos de estos editoriales, señor Presidente y compañeros del Senado, fueron recogidos en el libro que tituló "Mandato, tinta y pasión", agregándose después "Pamperada blanca", en el cual reivindicó documentalmente la obra y la gestión de los gobiernos del Partido Nacional.

Nada o casi nada le fue ajeno. Baste como ejemplo la dedicatoria del libro "Mandato, tinta y pasión", referida a sus nietos, cuando sentenciaba: "Estos escritos continúan sin desvíos una línea política iniciada en 1932 y mantienen inalterable una atalaya periodística levantada en 1939. Puede que algún día sientan que sus convicciones sobre los ideales que dan razón a la existencia, desfallecen; que la voz de los profetas de la entrega entenebrece el rumbo. Pocos dejan de atravesar la turbia jornada del decaimiento y la indecisión, y si en la hora de turbulencia hallan en estas páginas inspiración para erguirse y seguir avanzando, ellas tendrán la mejor de las justificaciones. Comprenderán además que son un eslabón entre el pretérito que manda y el mañana que espera."

Los grandes hombres no mueren, porque los pueblos y su gente se encargan de mantenerlos vivos en el recuerdo y en la evocación permanente, cotidiana y eterna. Washington Beltrán, seguramente, no va a morir nunca, porque su pueblo y su gente, por encima de su integración al Partido Nacional, mantendrán en la evocación a esta figura de extraordinaria calidez e inteligencia, que desde nuestro pasado se levanta para transformarse en una bandera.

Queda también como recuerdo para el país entero y como enseñanza extraordinaria sobre la denostada actividad política y de los políticos, la defensa que tuvo de la actuación pública, que fue siempre una constante y una preocupación central en su vida. En estos tiempos de descreimiento, donde muchas veces se apela al simplismo de "que se vayan todos" o a todo lo que significa el desconcepto para graficar y denostar a la política y a los políticos, es bueno recordar un párrafo de un artículo que escribiera el 7 de octubre de 1982, titulado "La política y los políticos", para sintetizar la defensa de un pensamiento, una vocación y una tarea que, tomada con esfuerzo y patriotismo, no merece más que titularse como una noble empresa. Cuando Martí invitaba a integrarse a sus filas revolucionarias, no ofrecía más que el placer del sacrificio y la ingratitud probada de los hombres. Washington escribía: "No debe haber actividad que más zahiera la crítica que la del político. En los más diversos países, a través del juicio cáustico, del adjetivo peyorativo, del chiste punzante, de la agresión de la caricatura, se lo llega a exhibir como el compendio de las pequeñeces humanas. Es el maestro de la falsedad y el alpinista de la ambición, el Tartufo de las costumbres y el estratega del acomodo, el charlatán por naturaleza y el inconsistente por sistema. Y en nuestro país, aunque apagados algo esos trazos, existen las reservas.

¿A qué se debe ese desconcepto? Empecemos por reconocer que hay malos políticos, que algunos pueden ser acreedores a la suma de notas descalificantes y hay quienes en grado mayor o menor merecerían alguna de aquellas negras pinceladas anotadas. Pero ese cuadro de miserias no se circunscribe al área política. ¿No hay abogados prevaricadores e inescrupulosos? El juramento hipocrático, ¿no se traiciona? ¿No existen comerciantes que engañan y adulteran, industriales que timan o explotan? ¿El vicio o el delito no han sido tierra hollada por sacerdotes o militares? ¿Y esto da derecho para envolver en el desprestigio al abogado o al médico por el sólo hecho de su diploma universitario, o desacreditar al comerciante o al industrial por la única circunstancia de su actividad o a lapidar con el desprecio a quien agita el hisopo por agitarlo o a quien viste el uniforme por vestirlo? Evidentemente, no. Y, entonces, si en todas las tareas se encuentran abismos y sombras, ¿a qué atribuirlo? ¿Cuál es el común denominador que los une? El protagonista, el hombre, el ser humano, que puede ser proyectado por un relámpago de grandeza pero que también es capaz de, sin titubeos, hundirse en el llamado de las bajas pasiones, en la pestilencia del estiércol."

Señor Presidente: creo que Washington Beltrán es, más que una divisa, una bandera, porque se salió del Partido Nacional y se transformó en la bandera de su conducta, de los principios por los que luchó, y por su actuación, bandera que, seguramente, seguirá ondeando permanentemente en el firmamento de la patria.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Gallinal.

SEÑOR GALLINAL.- Señor Presidente: el Partido Nacional, de duelo, ha homenajeado, en el transcurso de todos estos días, al doctor Washington Beltrán, a través de sus más conspicuos representantes, en el pronunciamiento de sus órganos partidarios nacionales y departamentales, y a través del sentimiento de su gente, de nuestra gente. En estos días, también reafirmó y renovó su respeto y admiración por esta figura. Todas las vertientes que integramos esta colectividad sentimos y deseamos -en mi caso, representando a la Correntada Wilsonista- rendir homenaje al doctor Washington Beltrán como reconocimiento a la trayectoria, a la entrega, al aporte, ya no solamente de un hombre sino de toda una familia, cuyo nombre se identifica con la mejor historia de nuestra colectividad política, pero también, a través de ella, del Uruguay entero, que tiene en este hombre un rico patrimonio para exhibir a las generaciones de hoy y a las de mañana.

Los compañeros del Senado, algunos de ellos con mayor autoridad por haber compartido con él vivencias y jornadas de lucha política muy intensas que hacen a la mejor historia del país, por haber sido testigos de su accionar fecundo, están en condiciones de trazar una semblanza fina y acabada de las virtudes que adornaban la personalidad de Washington. Puedo decir que cuando mi generación empieza a tomar conciencia de lo que es la actividad política y la labor de gobierno -más a comienzos de la década de los ‘70 que a fines de los ‘60, cuando recién empezamos a hacer nuestras primeras armas, a enfervorizarnos con la lucha política y a levantar con honor la bandera de nuestro partido-, tiene en Washington Beltrán un referente de carácter permanente. Lo tuvo en el Washington Beltrán que muere joven y se convierte en una rica y hermosa leyenda de la vida partidaria; en el Washington Beltrán que en pocos años de vida fue capaz de deslumbrar con su arrojo, con su inteligencia y coraje, y también en el Washington Beltrán que, como contraste con aquella vida corta de su padre, aporta al país una larga y fecunda vida política en la que descuella como parlamentario, como gobernante, como escritor, como editorialista y que, al final de su vida, nos entrega su anciana sabiduría, la que nos queda para siempre a través de sus aportes en el diario “El País”. Al Uruguay y a los responsables de su conducción en más de una oportunidad ellos les permitieron ver la luz cuando enfrentaban la adversidad; a nosotros, como partido y a todos, como país. Cuántas veces en los tiempos tan difíciles de este último año, el 2002, en que a tantas dificultades nos hemos visto enfrentados, nos hubiera gustado saber qué camino él nos hubiera proporcionado, o poder leer alguna de sus entregas para intentar intuir la mejor opción. Por eso, pido permiso al Senado para rescatar, de esas últimas entregas, aquellas reflexiones que estuvieron referidas a la necesidad de construir la unidad partidaria, para asegurarle, desde luego que el futuro al Partido Nacional, pero, básicamente, para asegurarle al Uruguay de los próximos tiempos el aporte positivo del Partido Nacional.

Si hoy quisimos estar todos los sectores partidarios en su homenaje, es porque -creo yo- no solamente reconocemos la legitimidad y la autoridad de este hombre que vivió la época del partido dividido en dos lemas y del enfrentamiento, que ya de por sí provocaba la derrota, sino que ayudó a la reconstrucción blanca, fue piedra fundamental en la unidad que se consagra a partir de la elección de 1958 y, además, desde el Gobierno aportó su sabiduría para demostrar que esa colectividad que desde hacía 93 años militaba en la oposición, tenía también la virtud de generar hombres que, como estadistas, estaban en condiciones de aportar un mejor destino nacional.

Si hoy queremos compartir todos ese homenaje, no solamente es porque reconocemos esa trayectoria, sino porque estamos dispuestos a recoger esa experiencia para alumbrar el camino de los próximos tiempos, para desterrar la confrontación interna, porque todos queremos volver a vivir jornadas como las de 1958, 1962 y 1989 y motivar a nuestros compatriotas para construir juntos un Uruguay de esperanza, de justicia, solidario, soberano y cada día más nuestro. Por supuesto, todos queremos ver a la divisa orgullosa de los hombres que ha tenido, pero también respetuosa y confiada en los hombres que tiene y en los que vendrán, para que Washington Beltrán, junto a Wilson, Herrera, Saravia y Oribe se sientan orgullosos de lo que, en función de ellos, nosotros podemos ser capaces.

Quiero recordar a sus hermanos, a Enrique, cuyo aporte y compañía necesitamos cada día más; a sus hijos, a sus nietos y amigos, y decirles que sientan la satisfacción de haber tenido en vida y se enorgullezcan por siempre de este, a partir de hoy, patrimonio nacional que es el doctor Washington Beltrán.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador.

SEÑOR SINGER.- Señor Presidente: los muchos años que tenía Washington Beltrán -que, de alguna manera, hacían previsible su fallecimiento- no impidieron que nos sintiéramos profundamente impactados cuando recibimos la noticia de su deceso.

Lo conocimos, mediante un amigo común, hace más de 40 años y desde ese mismo momento, a la simpatía inicial que él sabía despertar, se fueron incorporando, con el paso del tiempo y el trato, el respeto que supo ganarse, el afecto y la admiración. Por eso, cuando en la tarde de ayer los compañeros de mi Bancada me pidieron que en su nombre dijera algunas palabras en este homenaje a su figura, me pareció que, más allá de las consabidas consideraciones que se hacen sobre la personalidad y la trayectoria de una figura como la de Washington Beltrán, tenía que hacer un intento, una aproximación, para calar un poco más hondo en lo que fue su pensamiento. Porque Washington Beltrán, junto a todo lo que fue su trayectoria de político, de tribuno, de parlamentario, de gobernante y de periodista, también fue un pensador. Ni qué hablar que durante más de 60 años -bastante más de la mitad de todo el siglo pasado- Beltrán, en mayor o menor grado, fue un protagonista de la vida nacional, y lo fue desde la política, obviamente, rindiendo tributo a su estirpe. La política para él se constituyó en el medio idóneo para realizar los principios que abrazó con talento, con nobleza, con generosidad, con probidad y con dedicación constante al estudio y al trabajo. Por encima de su devoción partidaria -que, sin duda, la tenía porque era un blanco de ley, que amó con lealtad y con pasión a su divisa- diría que nunca se sintió a horcajadas entre el pasado y el porvenir; más bien todo lo contrario, ya que sus sentimientos y sus ideas apuntaban siempre al futuro desde las sólidas bases de su concepción liberal, democrática y justiciera. Esos fueron sus principios de siempre, en todas las oportunidades, lúcidamente sostenidos, sólidamente fundados, férreamente defendidos, sin claudicaciones ni

renunciamientos, y en los que el ser humano estaba en el centro de sus motivaciones y el destino del país en el centro de sus preocupaciones. Pensando en eso, tengo el convencimiento de que Washington Beltrán era, filosóficamente, "rollsiano", es decir que se identificaba con la filosofía de John Rolls, gran filósofo norteamericano que falleció hace apenas tres meses. ¿En qué sentido era "rollsiano"? En lo que podríamos denominar el liberalismo igualitario de John Rolls. Para definir muy rápida y esquemáticamente en qué consistían las bases fundamentales de ese pensamiento de Rolls, diría que "el reparto de los bienes es naturalmente desigual, en función de los méritos de cada uno, pero" -y en esto ponía especialmente el acento- "ese reparto puede justificarse o se hace aceptable solamente si están debidamente contempladas las personas más necesitadas e indefensas de la sociedad y si, además, no solamente atendemos las necesidades de los que están hoy, sino también de los que vendrán mañana". Esto es lo que Rolls, en su obra medular "Teoría de la Justicia" llamaba el "principio del ahorro justo". En otros términos, el malgasto y el despilfarro son profundamente injustos mientras el ahorro representa un acto de justicia hacia el futuro. El tercer elemento de la filosofía de Rolls era el estricto acatamiento al Derecho, a la institucionalidad, al ordenamiento jurídico de un país, como la manera adecuada de contener los excesos, los intereses corporativos, los intentos autoritarios y aun el egoísmo en sus más diversas formas, que siempre están en contradicción con el interés general.

He sentido a lo largo de la trayectoria de Washington Beltrán, principalmente aquí, en el Parlamento, y desde su cátedra periodística en "El País", que él tenía una clara identificación con estos lineamientos filosóficos. En más de dos décadas de gestión parlamentaria, como Diputado y como Senador, quedó muy clara esa filosofía política de Beltrán, abordando las más diversas cuestiones y pronunciándose sobre diferentes asuntos, haciéndolo sin caer jamás en personalismos, sin descender nunca a epítetos estigmatizantes, expresándose siempre con claridad y con riqueza de léxico, con conocimiento, con profundidad conceptual, con galanura de estilo. Naturalmente, ¡qué decir de su más de medio siglo de magisterio periodístico, expresado -como es un hecho conocido- por "El País" en sus famosos editoriales que creo haber leído, prácticamente, todos! En las cuatro décadas aproximadamente en que fue Director del diario "El País" -el diario de su sangre, su vida misma- esos editoriales, no solamente algunos sino muchos de ellos, fueron clase, cátedra sobre la libertad, cátedra sobre la democracia, cátedra sobre la dignidad esencial del ser humano, cátedra sobre el destino del Uruguay. Y muchos de esos editoriales trasmitieron la filosofía política de Beltrán en los términos de identidad que yo le he asignado con la filosofía de Rolls, a la que hice referencia.

Creo, señor Presidente, que cuando las circunstancias económicas lo permitan, el Parlamento deberá editar una selección de los más importantes discursos de Beltrán, no solamente como merecido homenaje a su gestión parlamentaria y legislativa, sino como un documento, como testimonio de la filosofía política, de los principios de libertad, de democracia, de Estado de Derecho y de justicia, que fueron para Beltrán cuatro pilares sobre los que reposa el destino de los seres humanos y que él defendió constantemente con calor, con talento, con ilustración, con brillantez, donde el pasado era mástil pero la bandera que flameaba era siempre la del futuro.

Tal como manifestó nuestro compañero el señor Senador Pereyra, otro tanto debería hacerse con su Diario -si es preciso con la colaboración de sus muchos amigos, entre los que pido que se me tenga en cuenta desde ya-, con sus editoriales como una especie de complemento al libro ya publicado. Desde esos editoriales Washington Beltrán dictó cátedra. Este sería otro testimonio para que las nuevas generaciones puedan asimilar conceptos escritos con maestría que hacen a los desafíos fundamentales y permanentes que todos debemos enfrentar individual y colectivamente.

Tal como se recordó -y todos sabemos-, le tocó ejercer la más alta magistratura del país, la Presidencia del Consejo Nacional de Gobierno. En esas circunstancias, tuve la oportunidad de verlo varias veces y siempre me encontré con el mismo Washington Beltrán de la vida privada y de la vida pública: sencillo, simpático, campechano, amistoso, cordial y sin perder en ningún momento su natural señorío. Quienes tuvimos el privilegio de mantener una relación amistosa con Washington Beltrán, sentimos y supimos que en todo momento y circunstancia estábamos junto a un gran señor. Tuvimos el honor de ser sus compañeros en esta Sala, en el Senado donde asumió el 15 de febrero de 1972 y que fue disuelto el 27 de junio de 1973. Debo decir que guardo de ese año y medio, de momentos tan difíciles en la vida nacional, un recuerdo imborrable de ese gran compañero nuestro, de todos los que nos sentábamos en este Senado.

Al evocarlo, señor Presidente, siento una honda emoción y realmente me parece increíble que me haya tocado a mí decir estas palabras en su homenaje, pero esas son las circunstancias de la vida.

Desde el Partido Colorado y desde el Batllismo de la lista 15, en cuyo nombre he realizado esta exposición, inclinamos con reverencia nuestras banderas ante el noble adversario caído en quien, en lo personal, siempre contamos con un amigo y con un hombre de consulta aun en las más duras discrepancias. Al Partido Nacional expresamos nuestras hondas condolencias y nuestro respeto ante el gran paladín que se le fue. A su familia de sangre y a su familia periodística de "El País" -y en especial a su querido hermano, Enrique Beltrán, también antiguo y querido compañero en la Cámara de Representantes- señalamos nuestro pésame más sentido y nuestra profunda solidaridad espiritual. Digo más; nuestras condolencias deben llegar a todos los uruguayos sin excepción, porque sin duda con Washington Beltrán el país perdió a uno de sus hijos más preclaros.

Nada más. Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Michelini.

SEÑOR MICHELINI.- Señor Presidente: luego de todas las intervenciones realizadas en Sala, me resulta muy difícil poder aportar algo más sobre lo que significó Washington Beltrán. De cualquier manera, con mucha humildad, en nombre del Nuevo Espacio y del mío propio, adhiero a este homenaje en el Senado de la República. Se trata de un acto de estricta justicia ante la desaparición física, que todos lamentamos, de una figura de proyección nacional, cuya brillante personalidad le llevó a alcanzar un destacado relieve en el plano político y periodístico a lo largo de una extensa trayectoria vital. Recalco lo de político y periodístico, porque quizás constituyan los aspectos más salientes de su actividad, aunque tal vez podríamos destacar otras actuaciones de Washington Beltrán que sin duda hacen y conforman a su personalidad. Son todos elementos, no menores, que hacen a la vitalidad de este hombre que inicia su militancia política en el Partido Nacional desde muy joven, más allá de aquellos hechos trágicos que le tocó vivir siendo niño. Fue elegido Diputado por Montevideo durante cuatro períodos, ocupó una banca en el Senado entre 1959 y 1963 e integró el Consejo Nacional de Gobierno de 1963 a 1967, siendo su Presidente en 1965. Volvió a ocupar una banca en el Senado desde 1967 hasta el golpe de Estado de 27 de junio de 1973, que arrastrara la Constitución de la República y disolviera las Cámaras de este Poder Legislativo. Una vez terminado el período dictatorial fue designado Embajador Plenipotenciario ante el Vaticano, gestión con la que culminó su actividad de hombre público, para dedicar su tiempo en exclusividad al rol de brillante editorialista, que siempre fue capaz de analizar con agudeza y profundidad a través de sus notas en “El País” -que codirigía- los temas de mayor interés nacional, abordados con rigor, sabiduría y con su vasta experiencia de político parlamentario y gobernante.

No sería apropiado ni posible intentar ahora una reseña de tan vasta y rica actividad política y gubernativa, signada siempre por la adhesión a los ideales de su Partido, por su espíritu de diálogo y por los valores morales a los que mantuvo estrictamente apegada su conducta cívica. De esa larga trayectoria en el ámbito parlamentario, y especialmente en este Cuerpo, sería posible recordar muchos episodios y muchas de sus brillantes piezas oratorias. Con algunas de ellas, señor Presidente, seguramente estaremos de acuerdo y con otras muchas discreparemos. En lo personal elijo recordar el discurso pronunciado en esta Sala el 17 de mayo de 1973, fundamentando su voto negativo a la solicitud de desafuero del señor Senador Enrique Erro. Se trata de un episodio que todos recordarán y entiendo que marcó un hito en su vida personal. Al negarse a convalidar la pretensión de un Poder Ejecutivo que no era ya otra cosa que el emisario del poder militar, Washington Beltrán, junto a la mayoría del Senado, seguramente era consciente de las consecuencias de su voto y de las sombras que se cernían sobre nuestro Parlamento y que se concretarían apenas semanas después. En esa coyuntura histórica tan llena de tensiones y amenazas, Washington Beltrán eligió, como siempre, guiarse por sus principios y actuar de acuerdo con su conciencia. Y con su voto ayudó a preservar la dignidad y la independencia del Senado de la República, pensando seguramente que, por elevado que fuera el precio que se tuviera que pagar por ello, siempre sería menor que el que tendría que pagar ante la historia este Cuerpo si hubiera aceptado doblegarse ante la fuerza y sobrevivir al precio de traicionar la Constitución de la República para subordinarse a la imposición de un poder ajeno a la soberanía popular.

La lectura del discurso de Washington Beltrán, independientemente de que fue una sesión muy larga con intervenciones de varios señores Senadores, me hace recordar la escena del país y lo que se estaba viviendo. Incluso, la intervención de Beltrán acaparó muchas interrupciones, aun de algunos de los que hoy están sentados en este Senado y que ya estaban en esa Legislatura, así como también de otros que hoy no se encuentran entre nosotros, como por ejemplo Ortiz, Heber, Wilson Ferreira Aldunate y también mi padre, señor Presidente. Me llamó poderosamente la atención la razón por la cual se dieron esas intervenciones. Se dieron porque el hilo conductor de la intervención de Beltrán hacía razonar y notoriamente todos querían hablar, ya fuera para apoyar el razonamiento que él estaba exponiendo o para contradecirlo. En lo personal, de ese razonamiento me sorprendió el detalle con que Beltrán manejaba cada una de las posibles pruebas que se esgrimían en contra de un Legislador de esta Sala en aquel entonces y la forma como desmenuzaba cada uno de los argumentos, con solidez y firmeza. Naturalmente, estaba debidamente documentado, y por una de esas cosas que tiene a veces la historia, algunos de los constitucionalistas de los cuales empleó alguna referencia, hoy están sentados aquí. Estoy hablando, concretamente, del señor Senador Korzeniak. Parte de ese escenario casi tocaba a integrantes existentes hoy o que ya han fallecido, pero que han contribuido, todos ellos, a los episodios más importantes -algunos, con un final desgraciado- de la historia del país.

Por mi parte, quisiera rescatar dos aspectos, ya no del grueso del fundamento del discurso de Washington Beltrán -que, repito, era para fundamentar su posición de voto negativo al desafuero en cuestión-, sino del momento en que cerraba la instancia de su pieza oratoria, que lo define en lo que eran sus principios y valores y muestra hasta qué punto él, en el acierto o en el error -personalmente, creo que en el acierto- se atenía a lo que era el Estado de Derecho, la Constitución, la institucionalidad y, sobre todo, el valor del Derecho.

En una de sus intervenciones, Washington Beltrán dijo algo que verdaderamente me impactó: “Sin la afirmación institucional, sin la vigencia de la ley y sin el imperio del Derecho, no se podría comprender a este Uruguay, no se podría comprender a Artigas ni a sus lugartenientes ni a los bandos históricos, ni a los estadistas, caudillos, héroes y mártires que hubo en este país.” Reitero que esta frase me

sorprendió porque puso al Derecho -que en definitiva es una construcción de los hombres y que en buena hora hace a las sociedades civilizadas- en el mismo nivel de los grandes héroes de la patria, de los caudillos, de los Partidos que en cierto modo la fundaron y de las grandes gestas históricas. Y no es menor, señor Presidente, ese concepto.

A continuación quiero resaltar otra idea que algún señor Senador evocó y que ya en 1973 Washington Beltrán venía esgrimiendo con mucha fuerza. Y quiero manifestarlo porque quienes hacemos política y nos ocupamos de las causas públicas, quienes estamos en la administración diaria de la cosa pública y de los dineros públicos, en momentos de crisis como, por ejemplo, el que vivimos actualmente, aun cuando discrepamos con varias de las cosas que se hacen, somos defensores de aquellos que dedican su tiempo, su energía, su intelecto y su capacidad - y restan horas de dedicación a su familia- para tratar de que los uruguayos vivamos mejor. En este sentido, con coraje y con mucha fuerza decía Washington Beltrán en defensa de la política: "Hoy está de moda hablar de los políticos; de los malos políticos. Claro que hay malos políticos, malos comerciantes y malos industriales y malos militares, pero hay también buenos políticos, buenos militares, buenos comerciantes y buenos industriales. Que haya malos comerciantes, no me da el derecho a decir que todos los comerciantes son malos; que haya industriales explotadores y aprovechadores, no me da autorización a estigmatizarles a todos como aprovechadores o explotadores. El que haya uniformes indignos no justifica que indique la indignidad como la característica del uniforme. El que haya políticos deshonestos, no legitima el acusar de deshonestidad a todos los políticos."

En lo personal, me parece que esta intervención que hacía Beltrán en oportunidad de analizarse el tema del desafuero del entonces Senador Erro, marca dos aspectos que he creído oportuno destacar y que, quizás con mayor virtud e inteligencia han señalado otros señores Senadores. Me refiero a la defensa de la institucionalidad y del Derecho de parte de Washington Beltrán y también a su coraje en la defensa de todos aquellos que, como nosotros, tienen vocación y dedican su vida a la política, a la causa pública.

Esta honrosa página en la historia del Senado y de la vida del país y la actuación que le cupo en ella a aquel a quien hoy rendimos homenaje, como la mejor síntesis de las sentidas razones que nos impulsan, hacen que el Nuevo Espacio adhiera a este homenaje a Washington Beltrán. A ello unimos la expresión de nuestras más sentidas condolencias a sus familiares, a todos sus amigos y seguidores, al Partido Nacional y a todos quienes lo recuerdan. Para nosotros esta es una dolorosa pérdida sufrida.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra la señora Senadora Pou.

SEÑORA POU.- Señor Presidente: en la tarde de hoy, como era justo, equitativo y necesario, diría yo, este Senado está homenajeando al doctor Washington Beltrán.

Hemos escuchado muchos conceptos acerca del personaje que fue Washington, pero, en particular, me quiero permitir expresar algunas palabras sobre su persona; concretamente, deseo referirme a ese ámbito un poco más privado, aunque por cierto el resultado final es convergente: nadie es diferente en su vida privada de lo que termina siendo en su vida pública. Bueno es a veces, cuando uno quiere conocer, hurgar en la vida de los hombres públicos, detenerse en una mirada a su vida privada.

Este niño que llegó al mundo, conoció prontamente un dolor enorme, un dolor que solamente debe haber sido mitigado por el afecto de su madre, que se desdobló también como padre. Esa mujer fue Elena Mullin, una mujer de superioridad espiritual, como alguien lo mencionaba aquí en Sala. Los que tenemos como norte de nuestra vida la fe cristiana, sabemos que la oración es lo más importante que podemos dar y recibir, y esa mujer convocaba a sus hijos a rezar por el alma de la persona que, en un duelo singular, había terminado con la vida de su padre. Esto nos marca que el niño no creció en un ambiente espiritual cualquiera, sino en un ámbito de tolerancia y comprensión no proclamadas, sino ejercidas en la realidad de todos los días.

En nuestra colectividad, señor Presidente -y lo digo, porque esta sí que es una experiencia más que personal, sensitiva, diría yo-, en nuestro cancionero nacionalista, hay una canción que se llama "El Jazmín del País". Desde que la oí por primera vez, imaginé que esa canción, que para nosotros tiene tantos y tantos perfumes -esa despedida, en la que el muchacho le dice a su novia que no sabe si volverá, pero si ella se lo pide, se quedará y después, cuando ocurre su muerte, ella no dice nada- podía haber tenido como escenario, sin duda, la casa de los Beltrán.

Washington tuvo mucha suerte, porque no solamente contó con una madre excepcional, sino también con una esposa formidable, a quien no puedo dejar de mencionar en la tarde de hoy, no sólo porque tuve el privilegio de conocerla, sino porque me parece muy importante destacar, en la vida de los hombres públicos, el rol que cumplen sus compañeras. Digo "compañeras", porque eso fue Esther en la vida de Washington, aunque para nosotros era "Tita". Esa mujer, que comprendió que la vida de un político tiene horarios que no siempre se compadecen con los tiempos de la familia, no vacilaba en esperarlo hasta altas horas de la noche, no solamente para que no comiera solo, sino también para que tuviera un paredón o frontón -sobre todo si ese frontón debía tener sentido común- para que él pudiera encontrar en esas conversaciones con su señora la paz y, seguramente, la practicidad y el buen sentido que ella le trasmitía con sus comentarios, que iban desde las cosas más complicadas hasta las más simples, pero que sabemos que para la vida de Washington Beltrán eran invalorables.

(Ocupa la Presidencia el doctor Ruben Correa Freitas)

Tampoco puedo dejar de mencionar que este mismo afecto, esta comprensión y valoración de la figura femenina la pudimos percibir, no hace muchos años, cuando con algunas compañeras le fuimos a decir, casi como quien va en una peregrinación, que íbamos a tener, diría, el coraje de tratar de reincorporar su querida Lista 400 a nuestro Partido; por cierto, espero no haberlo defraudado, porque nos mostró mucha comprensión y nos alentó.

Por último, no podemos dejar de mencionar el sentido tribal que tenía de su familia, siempre rodeado de hijos y nietos y preocupado no sólo por ellos, sino también por sus amigos y por los amigos de sus amigos. Creo que esto lo definía mucho, porque era un "animal social", era un hombre que no por gusto se dedicó a la actividad política y al periodismo, que precisamente son actividades sociales por excelencia.

Entonces, esta persona, definida en dos o tres trazos en su madre, en su compañera y en su familia, creció sin confundir firmeza con intolerancia; sin confundir comprensión con blandura y teniendo un muy particular coraje sin cólera cuando hizo falta. No voy a abundar en esto, porque ingresaríamos en su vida pública y ésta consta de episodios que, en su mayoría, ya han sido mencionados por los señores Senadores que han hecho uso de la palabra, que los han recordado por haber sido contemporáneos y testigos privilegiados de los mismos.

Señor Presidente: hoy estamos homenajeando a Washington Beltrán en ésta, que fue su Casa, y tendríamos que tratar de leer cuáles son las lecciones que nos deja su vida. Diría que son varias. En este Senado, es bueno pensar y saber que hubo hombres capaces de sortear las diferencias partidarias y personales para, en los momentos en que el país lo requería, encontrar formulaciones nacionales, puntos de convergencia y lugares de reencuentro. Esto hizo falta, pero me atrevo a decir que va a seguir haciendo falta.

Para nosotros, para su Partido Nacional, fue la prenda de la unidad. Creo que aquél que encabezó, dejando de lado muchas y tantas cosas, la reconstrucción blanca, tiene hoy, desde el más allá, todo el derecho de exigírnosla a nosotros y sé que va a estar muy contento si volvemos a vivir otra pamperada blanca.

Para el diario "El País", este homenaje va a tener que redundar en el florecimiento de muchas plumas; la cotización de una pluma de Washington Beltrán, seguramente será de 50 ó 60 jóvenes plumas que traten de acercarse, no solamente a su estilo de señor del periodismo que fue, sino también a ese contenido que le daba, entre otras cosas, la experiencia de su propia vida.

Para su familia, quizás sea la lección más difícil; esa familia que vio cómo Washington Beltrán dejaba de ser el hijo de Washington Beltrán -cosa que no debe haber sido nada fácil-, para ser él mismo. Hoy en día, esa antorcha está en manos de sus hijos y de sus nietos. Es una semilla que sabemos que va a caer en tierra fértil, aunque es difícil, porque él puso muy alto la bandera. Sin embargo, nosotros, como homenaje, deseamos que la cosecha haga el elogio de esa semilla.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE (Dr. Correa Freitas).- Tiene la palabra el señor Senador Millor.

SEÑOR MILLOR.- Señor Presidente: esto es muy difícil, porque durante estos días toda la sociedad uruguaya, más allá de este Senado, ha despedido a don Washington Beltrán, por lo que se han destacado sus condiciones de abogado, Representante, Senador, periodista, embajador y Presidente del Consejo Nacional de Gobierno. Creo que el Uruguay está despidiendo a uno de sus más impresionantes referentes éticos, porque lo fue en todas sus actividades públicas. En un país donde somos pocos y donde lo privado del hombre público suele trascender, por lo que a uno le llega fue un referente ético también en sus actividades privadas: como hijo, como esposo, como padre y como compañero de trabajo.

Hace bien el Partido Nacional en reivindicarlo, en estos días, como militante de sus filas. Digo "militante", porque lo fue de una manera muy particular, signado por una tragedia de otro Uruguay, en donde no se jugaba con el honor de la gente. Tal vez por lo que nos contaban nuestro padre, que era del "900", o tal vez porque siendo muy niños y acompañando a nuestra madre lo veíamos transitar a él y a su hermano Enrique por esta Casa dejando una estela de comentarios de los funcionarios, en el sentido de que había pasado una buena persona, con don de gentes, que inspiraba respeto, pero también cariño, siempre me apasionó la historia personal de Washington Beltrán y de su hermano Enrique.

Perdió a su padre en el campo del honor, cuando los duelos en el Uruguay eran en serio. Una vez leí algo que alguien escribió sin rencor y que decía que la que lo mató fue una bala colorada y batllista. Por lo que a uno le contaban los mayores o por lo que trasmiten los libros de historia, en aquel duelo no podía ganar nadie, sólo podía perder la República, porque se trataba de dos gigantes, dos formidables pensadores, dos personas honestas, queridas y que, por sobre todas las cosas, atesoraban su honor personal. Don Washington Beltrán era muy niño cuando perdió a su padre. Pudo haber sustituido el amor paternal y las caricias que no tuvo, por el odio hacia los emblemas que en el campo del honor habían enfrentado a su padre. Pero resultó ser demasiado grande; estaba construido con una

madera muy noble, con el más fiel de los metales, como para trasmitirle a la Patria, a través de su palabra y de su pluma, rencores familiares.

Fue un hombre que tuvo poder como político y mucho más como periodista, pero jamás lo utilizó para la venganza, siempre para la reconciliación; jamás para la confrontación destructiva, siempre para buscar la unidad nacional; jamás para destruir, siempre para construir y para afirmar la tolerancia y la convivencia pacífica.

De aquel episodio desgraciado que marcó su infancia, no acumuló rencores, sino que acuñó un estilo; tal vez porque su padre perdió la vida en el campo del honor, ni él ni su diario "El País" jugaron nunca con el honor de las personas.

Sostuve una vez en este Senado que no hay peor ofensa que la ofensa escrita. Reconozco que vivimos en un mundo moderno, donde estamos perdiendo muchas cosas y donde la televisión tiene una penetración muy grande, pero la imagen impactante, en dos o tres días es borrada por otra más impactante aún y más novedosa. A las palabras, por mejor dichas, se las lleva el viento. Pero la ofensa escrita, y más aún en un órgano de prensa de jerarquía internacional, es la que perdura porque los diarios siguen siendo la memoria escrita de la nación. Es la que van a leer los hijos y los nietos del agraviado. Washington Beltrán sabía esto, porque era un periodista formidable; era consciente de su poder y, sin embargo, jamás lo usó para destruir o para excluir. Por el contrario, creo que impuso en su diario una suerte de religión -de la cual nosotros también hemos podido participar-, la religión del desmentido, de la aclaración, de la réplica. Nunca destruyó, nunca excluyó. Y quiso la historia, ese gentilhombre que es el tiempo, que ingresase en ella de una manera digna de los muy grandes. Tal vez, el mensaje público más importante, el último mensaje público importante de don Washington Beltrán fue cuando, inaugurada en noviembre de l999 la Constitución que hoy nos rige, pidió el voto para Batlle. ¿Usted se imagina, señor Presidente, con las historias que yo me crié, en un hogar colorado como sangre de toro, un Beltrán pidiendo el voto para un Batlle? Creo que en ese momento le estaba rindiendo homenaje a su padre, porque para su padre y para él, la Patria estaba primero. Entonces, creo que su virtud más grande fue que teniendo por delante un sendero tortuoso, el de la agonía del crepúsculo, siempre optó por transitar en la visión de la aurora. Fue grande en asumir responsabilidades y fue grande en sus renunciamientos. Es cierto que renunció a una Banca de la Cámara de Representantes, pero también renunció al rencor. Sin embargo, jamás renunció a su estilo de vida, a su hombría de bien, a su honestidad, a sus principios y, fundamentalmente, jamás renunció a sus sueños que, estoy seguro, van a perdurar en sus hijos, en su diario y en quienes fuimos sus lectores -aun perteneciendo a otro partido político, coincidiendo o discrepando-, ojalá tan leales como lo fue él con sus principios, con sus sueños y, por encima de todas las cosas, con su Patria.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

(Ocupa la Presidencia el señor Luis Hierro López)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Korzeniak.

SEÑOR KORZENIAK.- Señor Presidente: yo no voy a cometer la osadía de intentar hacer un relato biográfico de la tremenda actuación del doctor Washington Beltrán como político, como periodista, como Legislador especializado con gran fineza jurídica, entre otras cosas, porque quienes fueron sus amigos personales -en este Senado hay algunos que lo han sido mucho más cercanos que yo, aunque me honré con un conocimiento esporádico, en lo personal- lo pueden hacer y lo hicieron mucho mejor. Por esa razón, me voy a limitar a señalar tres o cuatro anécdotas que tienen que ver con algunos de los aspectos relevantes que aquí se han señalado y que me quedaron muy grabados. Conocí personalmente al doctor Washington Beltrán en la oportunidad que citó hoy el señor Senador Michelini. Fui honrado por la consulta de una Comisión parlamentaria, como profesor de la Universidad, en momentos en que se había solicitado el desafuero de Erro. Quiero recordar que fui honrado doblemente, porque el otro consultado era mi maestro, el doctor Justino Jiménez de Aréchaga -también inolvidable-, quien comenzó a exponer diciendo que lo llamaban para hacer "cirugía de urgencia", porque lo llamaban el día antes de tomarse la decisión. Pues bien; conocí al doctor Beltrán en esa oportunidad y nos quedamos charlando un buen rato. En los coloquios o reuniones que manteníamos quienes cursábamos la carrera docente en la Universidad -carrera que nunca termina, no importa hasta dónde se haya llegado-, cuando se intentaba interpretar alguna norma o ley, se trataba de ver las expresiones de los distintos Legisladores que habían intervenido en ella, en la búsqueda de lo que técnicamente se llama "la intención o espíritu de la norma". Lo mismo sucede en el caso de normas constitucionales con el mismo ribete técnico. En este sentido -y aunque no quede muy elegante-, quiero decir que a veces no había tiempo para leer lo que habían dicho todos los Legisladores con respecto a una norma y quienes intentábamos enseñar en la Facultad de Derecho teníamos necesidad de seleccionar las opiniones e intervenciones más afinadas. Al respecto, debo decir que era imposible saltear al doctor Washington Beltrán cuando había opinado acerca de lo que significaba una disposición o cuando había dado un punto de vista sobre la justicia o injusticia de una norma. Realmente, era una de las personas consultadas cuando queríamos averiguar el sentido o intención de una disposición cualquiera. Quiere decir que también le reconozco grandes aportes al Derecho, porque tenía una gran fineza jurídica en el razonamiento, cosa que fue comentada más de una vez en algunos juzgados cuando los jueces -me consta- hablaban de escritos que presentaban los litigantes. Destaco este aspecto, porque probablemente haya sido el primero que me llegó, aparte -desde luego- de la historia política tan rica en episodios alegres y dramáticos de toda la familia Beltrán.

Señor Presidente: cuando se habla de Beltrán periodista, con esa pluma tan elegante, se le vincula -y es lógico que así se haga siempre- con lo que fue su casa del periodismo, es decir el diario "El País". Pero como toda persona que vive en cualquier hogar -es probable que "El País" fuera casi un hogar para el doctor Beltrán, al margen del hogar real que tanto lo debe extrañar-, también tuvo sus peripecias en esa casa. Lo cierto es que por más que pueda no ser muy elegante comentarlas, esas peripecias existieron. No hay casa en la que alguien no haya vivido alguna vez una tribulación. Voy a contar una, porque la conozco. Hace un tiempo, el Senado -no recuerdo con precisión cuándo fue- le hizo un homenaje al diario "El País" -el homenaje fue votado y yo lo voté- y en esa oportunidad iba a hacer mención a la anécdota. Después, pensé que contarla no sería elegante, porque si estábamos homenajeando a un diario, decir algo de él que no me había gustado en absoluto, no me parecía bueno. Sin embargo hoy, que estamos homenajeando a Washington Beltrán, voy a contar esa anécdota, porque tiene que ver con su grandeza. Eran años de dictadura y algunos exiliados habíamos formado un grupo que se llamó "Convergencia Democrática", que fue cuestionado -aunque también alabado- dentro y fuera del país, en todos los partidos. El grupo estaba compuesto por colorados, blancos y frenteamplistas. Un día, por una actitud muy astuta e inteligente de alguien desde el punto de vista publicitario, se aprovechó no recuerdo qué acontecimiento ocurrido en las Naciones Unidas y la delegación destinataria del mismo invitó a los exiliados uruguayos a presentar allá la "Convergencia Democrática". Ello tuvo una gran repercusión, mucho más allá de lo que representábamos los militantes que en ese momento tratábamos de formar ese movimiento que, básicamente, tenía por objeto difundir en el exterior el hecho de que en el Uruguay había una dictadura férrea y difícil de desalojar.

Entonces, el diario "El País" publicó una especie de comunicado en forma de artículo, que en realidad era como un volante que se refería a cada una de las personas que integraban esa Convergencia. Como solamente recuerdo lo referente a dos personas, voy a mencionar lo vinculado a ellas, aunque por supuesto hablaba de todos los integrantes. Una de esas personas era Carlos Martínez Moreno, ese inolvidable escritor, penalista y novelista de primera línea del Uruguay. Además de ser una gran personalidad, era un gran amigo mío. Dicho artículo expresaba -aludiendo a un volante de la Convergencia que pretendía hacer una pequeña reseña de cada una de las personas que la integraban- con respecto a Martínez Moreno: "Dicen que ese escritor, en realidad, es el fundador del Movimiento Revolucionario Oriental". Salvo por el hecho de que este Movimiento en algún momento debe haber integrado el Frente Amplio, Martínez Moreno no tuvo ese tipo de vinculación. Además -y pido disculpas porque voy a referir a mi persona-, decía: "José Korzeniak, que dice que es Profesor de Derecho Constitucional, en realidad es Profesor de Marxismo - Leninismo en el Centro Carlos Marx". El Centro que allí se mencionaba simplemente era un local que pertenecía al Partido Socialista. Luego, continuaba de la misma forma refiriéndose a las demás personas, pero de los casos que mencioné no me he olvidado.

Confieso que como en el exilio todavía me quedaba alguna reserva de sentido del humor -que al volver a Uruguay recuperé totalmente-, este artículo me hizo sonreír. En cambio, pude ver que Martínez Moreno estaba fuertemente ofendido. Cuento esta anécdota, porque al día siguiente de haberse publicado este artículo en el diario "El País" -con el tiempo supe que la dictadura también lo había enviado a otros órganos de prensa, pero fue publicado en este diario-, recibí una llamada absolutamente inesperada del doctor Washington Beltrán, que me honró. En esa oportunidad, simplemente me dijo: "Sé que el doctor Cardoso va a México;" -donde yo vivía en aquella época- "él le va a dar un mensaje mío". Efectivamente, el doctor Cardoso llegó y con su prolijidad característica, sacó un cuaderno en el que apuntaba una serie de cosas -aunque nosotros siempre le aconsejábamos que no lo hiciera, porque en aquella época era necesario memorizar-, y como tenía anotado el mensaje que me enviaba el doctor Beltrán, dijo: "El doctor Beltrán le manda este mensaje para que se lo haga llegar a los demás miembros de la Convergencia". El mensaje decía: "Ese artículo es una infamia que le impuso la dictadura a 'El País'. Hice lo que pude para evitarlo," -tengo todo esto anotado en un cuaderno en mi casa- "pero la dictadura obligó a publicarlo." Además, decía: "Mi discusión generó que, de aquí en adelante, cuando yo uso la palabra 'democracia' en los editoriales, tengo que firmarlos". Este fue el mensaje que se me transmitió y que me dejó con la sensación de estar frente a un gran hombre, pues aventurarse en esos momentos a enviar un mensaje desde el lugar que era su casa periodística, a justo título digo que no debe haber sido fácil. Además, destaco que iba dirigido a una persona con la que no lo ligaba más que un conocimiento esporádico.

Por todo esto siento un gran agradecimiento y mantengo un buen recuerdo del doctor Washington Beltrán, que hace que la congoja por su fallecimiento sea mayor, sobre todo cuando uno recuerda esos episodios que parecen cotidianos, pero que tienen una honda significación.

Con el mismo estilo anecdótico con que encaré este homenaje, quiero decir que no hace mucho tiempo, cuando surgió el tema de un grupo de militares mayormente frenteamplistas, pero también blancos y colorados, que habían sufrido una injusta sanción aplicada por la dictadura, el doctor Washington Beltrán sacó un editorial que, tanto desde el punto de vista jurídico como de la equidad y la justicia, era un ejemplo no solamente de su elegancia, de esa pluma tan brillante, sino también una demostración palmaria, evidente y contundente de que el Uruguay debía hacer un reconocimiento a esas personas que se habían jugado por la legalidad y que habían sido sancionadas. Con respecto a esto quiero destacar -porque no lo puedo olvidar- que esa reparación se produjo, pero todavía faltan nueve que fallecieron y a quienes todavía no se les ha reparado. Digo esto, porque he prometido que nunca voy a hablar de ese tema sin repetir lo dicho anteriormente.

También quiero resaltar que ese espíritu de tolerancia, de respeto por otras ideas y de brillantez para defender las propias que demostró el doctor Beltrán, ya se había manifestado en un episodio del cual no voy a dar detalles para no alargar mi exposición, que es sentida. El mismo sucedió en el Consejo de Gobierno, cuando se produjo una escaramuza con respecto a la personalidad de Líber Seregni, momento en que Washington Beltrán hizo una intervención muy buena defendiendo a esta figura.

Para terminar mi exposición, quisiera presentar con mucha sinceridad a los familiares del doctor Washington Beltrán, al Partido Nacional y al Uruguay, mi condolencia por la pérdida de una persona de tan enorme importancia.

Nada más. Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Heber.

SEÑOR HEBER.- Señor Presidente: sin querer abundar en conceptos que ya se han señalado con brillantez en la tarde de hoy y en ocasión de despedir los restos de Washington Beltrán, siento la necesidad de decir algo, porque tengo ganas de hablar de su persona.

Pido disculpas a las otras Bancadas, pero es un sentimiento muy personal; me siento muy orgulloso de que esta figura de mi Partido sea reconocida por todos los Partidos. Rompiendo los moldes partidarios -tal como se dijo anteriormente-, Washington Beltrán es reconocido por sus valores y por encima de sus opiniones. Parte de mi orgullo radica en que un blanco se transforme en más blanco todavía. Estos orgullos personales provienen de una honda raíz política. Si bien no me gustaría calificar, creo que dentro de mi Partido soy el más herrerista de todos los blancos que hoy están aquí sentados, aunque no participé de los enfrentamientos que se generaron en su seno en las décadas del 30 y del 40.

Por más que leo la historia y me informo sobre quiénes fueron sus actores, todavía no comprendo muy bien cómo mi Partido pudo estar tan enfrentado y dividido. Si bien hay razones, la pasión que cada uno puso en esa instancia hace que como herrerista histórico que me siento, tenga el primer reconocimiento hacia la figura de Washington Beltrán, que pretendió unir a un Partido que se condenaba a sí mismo en función de la división que en aquellos momentos tenía. Esto llevó a que el Partido Nacional dividiera sus votos, se enfrentara y se generaran pasiones de uno u otro lado. Repito que pertenezco a una generación que no comprende ese nivel de enfrentamientos a tal punto de no sentirse compañeros o de tener que dividirse en distintos lemas. Por supuesto que no lo juzgo. Sí pondero y veo a la distancia las enormes figuras que, siendo actores de ese tiempo, tuvieron la visión de entender que para el país -ya no para el Partido- la necesidad de la reconstrucción y la unidad blanca era indispensable.

El señor Ministro Fau, en el entierro de Washington Beltrán, recordaba un episodio al que vale la pena hoy hacer mención. Cuando derrotados en la Convención del Partido Nacional Independiente por un voto, según me decía el señor Senador García Costa, dos de los Beltrán sintieron que no representaban a su Partido, por lo que al otro día presentaron renuncia a sus bancas. Estos son ejemplos, ejemplos, siempre ejemplos, que justifican este orgullo de ser blanco, de sentir a Washington Beltrán más blanco que nunca cuando es reconocido por todos los partidos y homenajeado por el país. Esta figura pertenece a una generación que no es la nuestra y que le supo dar a las generaciones posteriores banderas para poder hablar y expresar el verdadero carácter revolucionario que tuvieron los gobiernos de mi Partido. Estas son parte integrante de los argumentos que en el diario convivir y en la discusión política tenemos.

"Pamperada blanca" es un libro que volveremos a editar -ya que no sólo es necesario publicar los discursos-, en función de la propuesta del señor Senador Singer, para que quede inmortalizado en las nuevas generaciones y saber lo que hay que criticar y lo que hay que ponderar. Para mí habría que hacer ponderaciones de una "pamperada" que como una aventura, una revolución, generó un Gobierno blanco, en donde se puede hablar, después de esos dos Gobiernos colegiados, de un Uruguay antes y otro después. Una revolución sin trajes de fajina, sin fusiles, sin enfrentamientos y sin violencia, sin prisa pero sin pausa, que ha generado los cimientos del Uruguay de nuestros días, del Uruguay moderno y del que pretendemos que se recupere en base a esas notorias acciones verdaderamente revolucionarias que cambiaron el quehacer nacional y que generaron una proyección del país.

Washington Beltrán fue un hombre clave; fue el Presidente del Consejo y tuvo enorme influencia a la hora de tener que generar el criterio, el objetivo o el rumbo que ya no el Partido de aquel momento sino el país llevaba adelante. No voy a repetir todas sus virtudes que ahora nos las deja. Simplemente señalo, por un lado, la incomprensión de los tiempos de división, pero destaco, por otro, los hombres de unión, de Estado, los que miran lejos o los que construyen para la eternidad, los que se paran, los que, como decía el doctor Herrera, clavan firmemente su talón en la tierra nacional pero elevan la mirada para tratar de adivinar el paisaje que queda detrás de la loma. No comprendo cómo hombres tan grandes en el pasado pudieron estar enfrentados. Aplaudo, señor Presidente, ¡cómo no voy a aplaudir -como señalaban hoy varios señores Senadores de mi Partido- esa actitud de reconstrucción que llevó al Partido a su triunfo en el año 1958, que generó la reelección en el año 1962 y que inició esa "pamperada" que no vamos a dejar morir y a la que siempre vamos a recurrir, porque en ella están los ejemplos de las nuevas "pamperadas" que va a

traer el Partido Nacional!

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Brause.

SEÑOR BRAUSE.- Señor Presidente: ante el fallecimiento del ilustre Washington Beltrán, hace muy bien el Senado de la República al evocar una figura tan descollante del Partido Nacional y también del país todo. Su muerte, por un lado, nos llena de congoja, pero, por otro, al comprobar su trayectoria vital, nos llena de regocijo saber que supo cumplir con brillantez y responsabilidad sin igual el legado que recibió de sus mayores que interpretó como que era su deber y su destino.

El señor Senador Singer, en nombre del sector de la Lista 15 del Partido Colorado, ha pronunciado hermosas y acertadas palabras sobre Washington Beltrán, con quien tuvo, como nos expresó con sentimiento, el honor de compartir esfuerzos en el Senado de la República y, por cierto, también discrepancias propias de pertenecer a partidos políticos diferentes. No me cabe ninguna duda, y así él lo expresó, de que también compartió concordancias al compartir valores que nos vienen de la historia y que nos son comunes.

Quiero evocar en Washington Beltrán la figura del periodista, del político y del abogado que en todas estas actividades brilló sin duda y con destaque. Como periodista fueron inolvidables todos sus editoriales -al menos los que tuve ocasión de poder leer-, cargados sobre todo de una prédica principista y en los que su pluma no tembló en víspera de la dictadura. Cuando se debilitaron las instituciones, confiando en su pensamiento de rechazo a la dictadura, lo estableció con claridad en un editorial que vale la pena recordar y que tituló “Ante los acontecimientos”; y luego, con el retorno de la democracia, proclamándola a todos los vientos, en otro inolvidable editorial titulado “La dictadura se va”. Como político, el doctor Washington Beltrán supo honrar la democracia ocupando con solvencia intelectual las bancas tanto de la Cámara de Representantes como de la Cámara de Senadores, en reiteradas oportunidades, representando a su querida Lista 400.

También tuvo una actitud de acrisolada honestidad política, como ya se ha señalado, cuando habiendo quedado en minoría dentro de un diferendo interno en su sector partidario optó, junto con su hermano Enrique, por renunciar a la banca parlamentaria por entender que dejaba de representar a la mayoría del sector por el que fue electo. ¡Vaya ejemplo de honradez política! Ese, junto con todos los valores que adornaron su personalidad, le confirieron a lo largo de los años la autoridad propia de una figura que trascendía las fronteras del Partido Nacional.

Como abogado, supo ofrecer la fuerza de su intelecto al servicio de la profesión, honrando con su conducta a la democracia, ya que luego de haber ocupado los máximos honores que pueden darle a un ciudadano la institucionalidad y la democracia, es decir los cargos de Diputado, de Senador y de Presidente del Consejo Nacional de Gobierno, con sencillez republicana retornó a la baranda de los juzgados ejerciendo la profesión. ¡Vaya ejemplo de repúblico y de demócrata!

Washington Beltrán supo servir con lealtad a su Partido Nacional y con devoción al Uruguay todo. A la hora de honrar su memoria, cabe resaltar su honestidad como valor que supo preservar en todas sus actividades. Honramos hoy, pues, al periodista, al político y al abogado, como también a quien supo honrar los valores de la amistad y de la familia. Durante toda su existencia enriqueció estos valores.

Hace muy bien el señor Senador Heber en proclamar el orgullo de ser blanco que siente al evocar la figura de Washington Beltrán. También queremos señalar que también sentimos todos, aun aquellos que no pertenecemos al Partido Nacional, que se ha ido uno de los mejores uruguayos y de quien todos nos sentimos muy orgullosos. Nos queda, sin embargo, el legado de su ejemplo; a todos los uruguayos nos queda el legado de su ejemplo.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador de Boismenu.

SEÑOR DE BOISMENU.- Hace pocos días, el doctor Washington Beltrán inició lo que a todos muchas veces nos preocupa y que podemos llamar el misterioso proceso fugitivo de la vida. Venimos no sé sabe de dónde ni por qué y nos marchamos no se sabe por qué ni para dónde.

Cuando uno tiene el atrevimiento de homenajear a hombres de este calibre, no hay más remedio que tratar de buscar el significado de palabras que han redactado con profundidad hombres como el doctor Irureta Goyena. Decía Irureta, de hombres como Beltrán, que no parten en el momento que se despiden, no mueren cuando cierran sus ojos; viven todo el tiempo que subsisten en el recuerdo, y lo que destruye no es la muerte, lo que aniquila y devuelve en forma definitiva al seno de la nada es la suprema desintegración del olvido.

Señor Presidente: el recuerdo del doctor Washington Beltrán no pasará con la rapidez con que se suceden las imágenes. Su recuerdo nos lo garantiza la presencia reivindicadora de quienes fueron sus amigos, sus admiradores, sus subordinados y todos aquellos que anduvieron un trecho de su camino en su compañía y que lograron, de esta forma, percibir la luz de sus virtudes. En este homenaje he mencionado las palabras del doctor Irureta Goyena que

utilizó para referirse a hombres de este tipo. Seguramente habrá otros hombres que mantendrán ese recuerdo vivo.

El doctor Washington Beltrán dejó una estela, pero creo que en este caso, en la profundidad de su trabajo en el órgano de prensa El País, dejó un surco. Dicho surco fue enmarcado y trazado por el camino de su vida y lo realizó tanto por su forma de ser como por su trabajo. Es fácil resaltar los valores que siguió, tanto por su inquebrantable oposición, tantas veces comentada hoy, al régimen de facto, como por su afirmación constante a los principios de justicia, soberanía, solidaridad y libertad para los distintos sectores de la comunidad y su permanente defensa de los valores democráticos en momentos difíciles del país.

El señor Senador Singer, en representación de la Lista 15 y, por supuesto, del Partido Colorado, así como todos los señores Senadores que hablaron en representación del Frente Amplio y del Partido Nacional, al que el doctor Washington Beltrán pertenecía, hicieron un profundo análisis de su persona. Por lo tanto, es evidente que al quedar para el final esperando que se hiciera este tan merecido homenaje, no íbamos a poder referirnos a sus inicios en el año 1932 militando en el nacionalismo independiente, a su ingreso en el periodismo al principio de la década del cuarenta, a su actividad permanente en defensa de los ideales, a su integración en el Consejo Nacional de Gobierno en el período de 1963 a 1967, a la participación en el Senado durante tres Períodos y otros tantos en la Cámara de Representantes, etcétera. Los señores Senadores que me precedieron en el uso de la palabra hablaron mucho sobre esto; por lo tanto, me voy a referir a una circunstancia de la vida que me llevó a estar más cerca del doctor Beltrán y a conocerlo más.

Hemos tenido contacto con periodistas que lo querían y lo quieren mucho y, por lo tanto, tratamos de profundizar en una faceta de la vida del doctor Beltrán. Eso hace que a esta altura tengamos un saldo deudor para con la persona del doctor Beltrán que, por supuesto, no podremos pagarlo con este gesto porque son cosas que llevan mucho tiempo. Merece justa relevancia mencionar las contribuciones que ha hecho a la causa de la agropecuaria nacional a través del periodismo. En ese aspecto yo lo conocí, compartimos sus reflexiones y consejos en aquellos momentos duros de la salida democrática. Múltiples fueron sus editoriales donde fijaba siempre una clara y fecunda posición respecto de la problemática que en el devenir del tiempo se planteaba en este sector de la economía nacional. Claro testimonio de ello fueron los editoriales del diario El País, algunos de ellos muy ilustrativos contenidos en su libro editado en 1985: "Mandato, tinta y pasión" y en otro libro de su autoría llamado "Pamperada blanca" con editoriales del año 1959 a 1967, editado en 1989.

Desde su fundación, el diario "El País" vuelca, sin duda, información al agro; no era una cosa nueva. Hay precios desde la época de su formación, y en algunos editoriales viejos podemos encontrar informaciones sobre este sector. Pero con Beltrán y sus Directores de la época más moderna, a partir del 31 de mayo de 1968, se empieza a distribuir con "El País" la primera edición del llamado Suplemento del País Agropecuario, que hasta 1980 se publicó invariablemente el último viernes de cada mes.

En aquel primer número, editado el 31 de mayo de 1968, se transcribía las opiniones recogidas en una mesa redonda promovida por "El País" a la cual asistieron dirigentes y productores agropecuarios como José Víctor Zerbino -lamentablemente desaparecido hace pocos días-, Francisco Haedo -Pancho-, Fermín Carlos Boado, Luis y Eduardo Artagaveytia, Aníbal Durán del Campo, Francisco Bottana, Jorge Muñoz, Luis Eduardo Mallo, Raúl Arocena y Fernando Pérez Parrabere. Ellos, junto a los Directores -entre ellos, los doctores Beltrán y Rodríguez Larreta- y a los periodistas de "El País" de aquel momento, y según consta en aquella publicación, "intercambiaron ideas sobre el papel del agro en el desarrollo del Uruguay de nuestros días y del futuro". Bajo el título "Un aporte vital. El agro en el Uruguay, presente y futuro", el artículo principal se inicia de la siguiente forma: "El Uruguay se levanta con el agro o con él perece". Esa frase, que no sé si fue de Luis Artagaveytia, luego se usó en algunos discursos y fue manejada en aquella histórica reunión promovida por el doctor Beltrán, en la que participó. El artículo continúa: "El esfuerzo que realicemos por crear una conciencia agraria nacional redituará con creces en un próximo futuro. Sensibilizar, en consecuencia, a los grupos de opinión a favor del campo, para que éste deje de ser ese gran desconocido de, lamentablemente, amplios sectores de nuestra ciudadanía, es un propósito tradicional de 'El País' que se traduce en este nuevo aporte, a través del cual llegarán a sus lectores opiniones muy autorizadas con respecto a la actividad agropecuaria, ese quehacer vital para el mejor destino de nuestro Uruguay". Estos eran los efectos de la acción de hombres como Washington Beltrán. Posteriormente, dichas expresiones, para ser utilizadas como apelativo de esa publicación, fueron sintetizadas por el entonces publicista de "El País", Ernesto Bastarrica, en la frase "El Uruguay se salva con el agro o con él perece". Esto demostró un sentir y una filosofía de apoyo del diario hacia el sector, sustentados por la Dirección y la Administración de la empresa "El País S.A.", que, a partir de entonces, se mantuvo indisolublemente ligado al acontecer cotidiano, porque a esa publicación mensual se le sumó una página diaria de información del sector.

Un especial destaque dentro del contexto de la preocupación del doctor Washington Beltrán por la agropecuaria nacional, merecen los que con toda justicia y razón fueron considerados como los clásicos almuerzos anuales que por el diario "El País" ofrecía a iniciativa personal, en oportunidad de las Exposiciones de la Asociación Rural del Uruguay realizadas en el Prado y de las que tengo el recuerdo de haber sido honrado algunas veces, especialmente en los años 1984 y 1985, como Presidente de la Asociación Rural del Uruguay. Para su realización contó con su amigo Osvaldo Mario Grieco, a la sazón jefe de la página de Rurales del diario, quien lo asesoraba y organizaba cada encuentro.

Dichos almuerzos se iniciaron en el año 1973, con el doble propósito de constituirse, por un lado, en una auténtica y verdadera expresión de resistencia cívica a los responsables del golpe de Estado del 27 de junio de ese año y, por otro, de estar en contacto con significativos representantes del sector productivo agropecuario, de la industria, del comercio y de la cultura, así como con técnicos y con políticos demócratas. Creo que algunos de quienes están aquí también han participado de aquellos almuerzos.

El doctor Beltrán abría así la concreta posibilidad de un fecundo diálogo e intercambio de información, de ideas y de opiniones, en el que todos los participantes planteaban sus diferentes posiciones. Era el ámbito adecuado y la oportunidad justa para disponer de valiosos nutrientes para las recordadas editoriales sobre los sectores de referencia. En el caso de la agropecuaria, hubo en los almuerzos del doctor Beltrán presencia permanente de autoridades de la Asociación Rural del Uruguay y de varias organizaciones rurales. Tenemos que destacar, además, que Osvaldo Grieco, Aníbal Durán del Campo y Roberto Muñoz Durán estuvieron siempre junto a él sin faltar ni una sola vez.

Debo señalar también cómo defendió el doctor Washington Beltrán la enseñanza nacional, lo que se recordará siempre en la vida de este país.

No por razones hereditarias ni por vínculos económicos el doctor Beltrán estuvo vinculado con la agropecuaria. Fue abogado, político, periodista y, sin embargo, siempre sintió como propio el quehacer de los hombres de campo, a quienes evidentemente conoció y trató en las diferentes actividades desarrolladas a lo largo de su vida. Como editorialista y escritor sin igual, encontramos en su obra "Mandato, tinta y pasión" un artículo llamado "El Brazo Roto", de fecha 24 de agosto de 1981, publicado en el diario "El País", que realmente señala con una humanidad especial el sentimiento de un escritor de ese nivel, en una Exposición Rural del Prado en la cual no actúa como Director de un diario sino realizando una crónica exacta de lo que es un remate agropecuario en una situación política y económica que transcurría en ese año, realmente dificilísima para todo el sector y el resto de la economía nacional. En dicho artículo señalaba lo siguiente: "Sábado en la Exposición Rural del Prado. Presagios amenazantes que, el temporal de Santa Rosa, con bastante puntualidad concurriría a la cita. Estado del tiempo que era viva expresión del anímico clima umbroso de los expositores.

Frente al local de remates, dos ruralistas prestigiosos recibían informes, proporcionados por un tercero, que salía de la carpa. Las noticias entraban en cabezas meneantes, cuyos rostros retorcían estelas de angustias. La escena preparaba para el espectáculo previniéndonos, así lo creímos, contra las sorpresas. Pero nos engañamos al considerarnos inmunizados ante lo inesperado.

Entramos. Varios centenares de personas sentadas en las artificiales gradas de madera. Un hermoso ejemplar, Hereford, en la pista. A un costado, el martillero, prendido de un micrófono, mientras ponderaba las condiciones del animal y solicitaba ofertas. Las cifras que reclamaba eran bajas, muy bajas. Pero ante el silencio que respondía a sus requerimientos, las descendía más. Inútil. Su voz se estrella contra el mutismo de los presentes. El brazo que alza no suelta el resorte de otra mano que insinúe una propuesta. El seco, 'lléveselo', desnuda el redondel.

De la larga fila de bóvidos que esperan turno, un peón adelanta al primero. Numerosas cocardas abonan sus credenciales. Avanza lentamente hasta el centro de la arena, rodeada de dos cuerdas que horadan los postes que delimitan el círculo.

Un leve tirón lo hace girar hasta colocarse, en cruz con la tribuna, a la que sube otro rematador. La escena se repite: '¿Cuánto dan por este toro de gran calidad?' '¿Cuánto? ¿Treinta mil? ¿Cuánto? ¿Cuánto por este semental que honraría a una cabaña? ¿Treinta mil?'. Una mano traza con el martillo imaginarios dibujos en el aire, mientras la otra sostiene el micrófono que amplifica vanamente la interrogante sin respuesta: '¿Cuánto? ¿Veinte, veinte mil?'. Cierra el martillo la ficción del garabato, y con su tardo paso, la espléndida res se aleja entre flancos de cáñamo, hacia la salida.

'Cuidado que me vas a romper el brazo', dice el filósofo estoico. 'Mira que lo rompes...'. 'Lo rompiste...' ¿Qué gritos de alarma se empezaron a levantar desde l979?

No había reunión de los hombres del agro, congreso, declaraciones de los órganos directivos del ruralismo, discurso o información de sus figuras representativas, que no finalizara con un llamado de alerta sobre lo que se avecinaba. Y una y otra vez, en un 'crescendo' impresionante, la afirmación que se entraba en la noche más negra, si no se resolvían los dos acuciantes problemas: el endeudamiento y la rentabilidad.

'Mira que me estás rompiendo el brazo'.

Se dieron pálidas respuestas al primero, mientras el segundo seguía en pie. Con esto a precisar. Que no valdría contestación a la asfixia crediticia si el campo no rinde. Las mejores fórmulas de pago no pueden oxigenar empresas que, al no redituar lo necesario, no pueden cumplir ni siquiera aliviadas obligaciones.

Sigue el desfile acongojante. Pampa tras pampa galardoneado. Allí, la suma de escarapelas que recogen matices variados del espectro luminoso, significando la presencia de alta calidad. La que no impide que las aisladas cumbres subsistentes del optimismo, se desplomaran. En derrumbe al que no se sustrajeron los peones. Ni escaparon los propios rematadores, cuya vitalidad y baquía, puesta a prueba, no los eyectó de ese ambiente sofocante de depre-

sión. Tampoco los espectadores. Y menos, los expositores.

En ese momento sentimos frío. Frío, pero no porque una temperatura gélida ni una brisa helada nos hiciera estremecer. Le Bon, en su clásica obra sobre 'Psicología de las multitudes', nos dice que éstas tienen un alma propia, distinta de la de quienes la constituyen. Y sentimos desalojar nuestra alma por esa otra, en la que nos integramos.

Estaba formada por la incredulidad de los que no podían convencerse que, en tal forma los abatiera la catástrofe. Por la desesperanza de quienes retaron a los malos augurios e invirtieron y trabajaron con sacrificio y sin desmayos, para ver cómo el fruto de su tenacidad y patriotismo se le escurría entre las manos cómo inasible líquido. Por el agotamiento de una fe que había sobrevivido a tremendos embates. Era un frío que se materializaba en las miradas perdidas, en el diálogo susurrante, en las cabezas gachas, en las aflojadas espaldas. Y hasta en ojos de acuosa nubosidad.

Al día siguiente se hacían públicas las cifras de las ventas en el Prado en los últimos cinco años. El total, en 1978 fue de N$ 4.683.900; en 1979 de N$ 18.136.500; en 1982 de N$ 2.919.400. Lo que convertido a dólares corrientes significan estos otros guarismos: 1978, 736.500; 1979, 2.228.100; 1982, 225.088.

Y el lunes, el desastre de Kiyú. Sólo se compraron el 30% de los presentados. Toros testados se vendieron por el valor de dos novillos.

'Lo rompiste..."

Señor Presidente: el tiempo que todo lo devora, no podía devorar estos editoriales de Washington Beltrán.

En las últimas dos décadas era frecuente que en el diario, a media tarde -esto lo deben recordar todos los periodistas-, cuando el ritmo de la redacción se tornaba más febril, cuando ya buena parte de las noticias era conocida y estaba siendo escrita, el doctor Beltrán bajaba del tercer piso -donde tenía su despacho de Director- hasta el segundo e iba deteniéndose en cada sección para consultar las novedades e intercambiar opiniones. "Rurales" estaba incluida en su periplo diario y en un mano a mano con su amigo Grieco solicitaba información sobre precios, tendencias, novedades y posiciones de las gremiales rurales ante determinada circunstancia.

Naturalmente, las citas posibles sobre rasgos del doctor Beltrán no se agotan en estas expresiones anotadas en forma tan sencilla, pero sirven para referir el perfil bien sentido de una personalidad que sin duda honró y mucho al país, y a la que éste le tiene que extender un patriótico reconocimiento y homenaje por todo lo que le aportó desde la política, la función pública, el periodismo, la profesión universitaria que ejerció, así como también por lo que brindó como ejemplo de hombre vertical que, inquebrantablemente, fue. Por todo esto, siempre será recordado por nosotros como auténtico contenido de ejemplo a seguir.

Quiero expresar mis profundas condolencias a sus hermanos, Enrique y Helenita, a sus hijos y a toda su gran familia. También quiero hacer lo propio con la familia periodística del diario "El País", a Osvaldo Grieco en representación de la familia de los periodistas rurales, a sus amigos y muy especialmente al Partido Nacional por esta pérdida.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador García Costa.

SEÑOR GARCÍA COSTA.- Señor Presidente: creo imprescindible arrimar a este homenaje algún aspecto que seguramente sentimos quienes estuvimos largos períodos de nuestra vida marchando junto a Washington.

En primer lugar, sea recordado que la vida pública de Washington, la del político, la del hombre que sale al enfrentamiento con la opinión, se inicia en dos circunstancias de lucha por la libertad. Ingresa a la actividad política siendo un veinteañero en momentos de la dictadura de 1933. Trabaja y comparte el diario "El País", que en esa época salía a menudo con espacios en blanco por la censura política. Desde siempre se afilió rotunda y lógicamente a un concepto entrañable de libertad política como elemento y valor esencial de toda la sociedad. Eso queda claro en la impronta de toda su vida. A través de todo el largo período en que fue dirigente de primera línea en la vida del país, sostuvo esa profunda convicción de libertad, y que culmina como impulsador conductor de opinión, como líder político, cuando en la vida del país se le impone otro paréntesis temporario a la libertad, en junio de 1973.

En 1973, Washington y sus amigos enfrentan con la misma fuerza y rotundidad de los años juveniles para oponerse a otra situación de eclipse para con las libertades públicas. Lo hace con el estilo natural y propio de quien siente y lucha con convicción. Recuerdo un episodio demostrativo, señor Presidente ocurrido en junio de 1973. Algunos hombres nacionalistas muy vinculados a Washington Beltrán estaban desempeñándose como Ministros del Presidente que diera el golpe de Estado. Esos Ministros, no vacilaron, y antes de que les preguntaran si firmaban decreto alguno conculcatorio de la libertad, ya se habían ido de ese Gobierno porque no tenían cabida en circunstancia parecida. Atrás de su actitud, por descontado, estaba Washington Beltrán, quien había apuntalado su actitud y había tomado la fundamental decisión política de luchar contra la dictadura y por la libertad.

En Sala se ha mencionado, con lógica, el caso del desafuero de Erro, el disparador de la dictadura, puesto que

ella no nace por ese hecho sino por muchas y más relevantes motivaciones. En aquella instancia, quizás, para algunos, pero no para nosotros, fuera una incógnita lo que iba a votar Washington Beltrán y sus compañeros. Evidentemente y sin vacilar iban a votar por la democracia, por la libertad, en contra de cualquier cosa que involucrara el perderla.

Washington Beltrán fue integrante del Consejo Nacional de Gobierno, incluso fue su Presidente, en el segundo Gobierno nacionalista. Quien habla estaba colaborando con ese Gobierno en la Subsecretaría de Ganadería y Agricultura, junto al Ministro Wilson Ferreira Aldunate. Se trataba de un grupo muy afín y acorde en toda su tarea al liderazgo de Beltrán. En aquel entonces alguien propuso a Beltrán -lo recuerdo muy claramente porque en la modestia de mi presencia en ese momento, yo también estaba de acuerdo con esa postura- que el sistema colegiado -y la historia del país así lo entendió- no daba para más y que el país no podía soportarlo. No olvidemos que luego vino la Reforma que muchos impulsamos que logró sustituirlo por la Presidencia en 1967. En esa circunstancia se propuso a Washington Beltrán: “¿Por qué no sales, tú, que eres un adalid importante en la vida de la comunidad política gobernante a proclamar la necesaria Reforma?” Cabe señalar que cuando se planteó concretamente la dicha reforma ella fue acompañada en primera línea por Beltrán lo que refleja su total acuerdo con ella. La respuesta a esa propuesta no la olvido, porque fue un episodio en el que Washington Beltrán mismo puso fin a la discusión sobre su cargo dándome una soberbia lección de superior política. Dijo así: “No renuncio, porque la gente no me eligió para que renuncie al Gobierno del país en nombre de una posición política de Partido. Sé que me va a costar; sé que encabezando otro tipo de actitudes políticas, legítimas por descontado, he de tener mejor resultado, pero también creo que de apartarme de ésta, mi responsabilidad política actual y cruzar a la vereda de enfrente a hablar en otro tono y con otro propósito, le voy a hacer un gran daño al país.” ¡Vaya que tenía razón y vaya que hizo un sacrificio muy grande, porque afrontó dificultades muy importantes, y lo hizo con una enorme dignidad y capacidad!

Washington Beltrán también fue el impulsor de una iniciativa que en aquella época se denominó -como todos recordarán- la “Escala Móvil” referida al régimen de pasividades vigente. Años después se reformó la Carta Constitucional para establecer lo que bien se puede denominar una escala móvil de rango constitucional. Seguimos empeñados en salvaguardar el derecho de los pasivos en este país y a evitarles sean víctimas de la inflación. Precisamente, esa fue la tarea que llevó a cabo Beltrán en aquella época, la que fue duramente denostada por algunos sectores. De todos modos, fue impulsada por su gran talento, ayudado y amparado en un Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social que contaba con dos brillantes hombres: Pivel Devoto y Oliú. Washington Beltrán logró impulsar en el Parlamento esa reforma que fijaba un hito acerca del tratamiento que se debe dar a los pasivos en este país.

Señor Presidente: se ha hablado de la incidencia de Washington Beltrán en la unidad del Partido Nacional. En este sentido, no estaré en el palco “avant scène” como dicen los franceses, pero soy testigo desde la primera fila de la platea. Sin su tesón, fuerza, empuje y trabajo político, con toda seguridad se hubiera logrado mucho más tarde, y después de vaya a saber qué acontecimiento negativo para el país. Es obvio que lo ideal hubiera sido que esa unión no se hubiese roto nunca, pero se recompuso en un momento en el que para el país era necesario que el instrumento Partido Nacional ofreciera un recambio. En esa tarea, señor Presidente, actuó con brillo y eficiencia Washington Beltrán.

Todos conocen de su tarea periodística, y sabemos de qué altos quilates se trata, pero quisiera expresar un recuerdo muy personal. Como muchos otros, en más de una oportunidad llegué con el espíritu juvenil y dispuesto a los escritorios de “El País” para charlar con Washington y Enrique Beltrán. Era para nosotros, y muchos jóvenes más, la aproximación a quienes significaban en la vida del Partido la mejor manera de interpretar nuestro destino político y partidario. Confieso que de eso tengo los mejores recuerdos de mi vida. Ese hombre ocupado, que estaba, escribiendo -al igual que Enrique, ya que estaban en la misma tarea-, nunca mostró impaciencia frente a esos muchachos -entre los que me contaba - que, como podrán imaginar ustedes, íbamos a llover sobre mojado, a hablar de temas trillados y a volver sobre lo que era obvio para ellos pero no para nosotros. Nunca hubo una respuesta negativa, sino al revés, un afecto volcado en expresión constante. Hoy, que los años han pasado para todos, también para mí, no me olvido del joven que fue, pero tampoco puedo ni debo olvidarme del alto espíritu y noble del ciudadano que nos recibía para enseñarnos. Su vida fue una historia de enseñanza constante para nuestra colectividad y para el país todo. Por eso, nuestro homenaje, que puede estar empañado de sentimiento porque es también recuerdo, llega de esta forma, señor Presidente.

Muchas gracias.

(Prolongados aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Léase una moción que ha llegado a la Mesa.

“Mocionamos para que el Senado se ponga de pie y rinda un minuto de silencio en homenaje al doctor Washington Beltrán. Que se remita la versión taquigráfica de los discursos pronunciados en Sala a la familia, al diario “El País” y al Directorio del Partido Nacional. Firman: el señor Presidente y la totalidad de Senadoras y Senadores presentes en esta sesión.”

SEÑOR PRESIDENTE.- Se va a votar la moción formulada.

(Se vota:)

- 24 en 24. **Afirmativa.** UNANIMIDAD.

La Mesa invita a los señores Senadores y a las personas que asisten a la Barra a ponerse de pie y guardar un minuto de silencio en homenaje a la memoria del doctor Washington Beltrán.

(Así se hace)

7) SE LEVANTA LA SESION

SEÑOR PRESIDENTE.- Agotado el Orden del Día, se levanta la sesión.

(Así se hace a la hora 17 y 42 minutos, presidiendo el señor **Luis Hierro López** y estando presentes los señores Senadores **Arismendi, Barrios Tassano, Brause, Correa Freitas, Couriel, Fernández Huidobro, Gallinal, García Costa, Heber, Herrera, Korzeniak, Larrañaga, Michelini, Millor, Mujica, Pereyra, Pou, Ríos, Sanabria, Segovia, Singer** y **Xavier.**)

SEÑOR LUIS HIERRO LOPEZ
Presidente

Sr. Mario Farachio
Arq. Hugo Rodríguez Filippini
Secretarios

Sr. Freddy A. Massimino
Director General del Cuerpo de Taquígrafos

Corrección y Control
División Publicaciones del Senado

Dep. Legal Nº 211.038/03 - Central de Impresiones Ltda.